

Richard Cooke
Luis Alberto Sánchez Herrera
Diana Rocío Carvajal
John Griggs
Ilean Isaza Aizpurúa*

LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE PANAMÁ
DURANTE EL SIGLO XVI:
TRANSFORMACIONES SOCIALES Y CULTURALES
DESDE UNA PERSPECTIVA ARQUEOLÓGICA
Y PALEOECOLÓGICA

Resumen

Los datos que puedan derivarse de la arqueología y paleoecología con respecto a la continuidad o discontinuidad de la cultura material precolombina, la distribución espacial de las poblaciones y su incidencia en el medio ambiente proporcionan una perspectiva complementaria a la que ofrecen las fuentes escritas al historiador para analizar los cambios socioculturales acaecidos durante la conquista española y colonización temprana. Perforaciones sedimentológicas del este y centro de Panamá, las cuales muestran la historia de las perturbaciones humanas en la vegetación local en los últimos milenios, coinciden en indicar una merma repentina de los indicadores de actividad agrícola y una recuperación de los bosques, los que hipotéticamente podrían

* Richard Cooke (inglés) es residente de Panamá desde 1973. Obtuvo su doctorado en el Instituto de Arqueología de Londres en 1972. Desde 1983 es investigador científico del Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales, Panamá. Sus principales intereses son la arqueología del Neotrópico, la arqueozoología, la paleoecología y la etnohistoria. Su dirección de correo-e es cooker@naos.si.edu.

Luis Alberto Sánchez Herrera (costarricense) estudió antropología en la Universidad de Costa Rica. Su tesis de licenciatura presentó un análisis de la cerámica en Cerro Juan Díaz, Panamá. Fue director de campo de las excavaciones en ese sitio desde 1992 hasta 2001. Actualmente labora como arqueólogo investigador en el Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales, Panamá. Su dirección de correo-e es sanchezdiaz@cerco.net.

Diana Rocío Carvajal (colombiana) se licenció en la Universidad Nacional de Colombia en 1999 con una tesis sobre el aprovechamiento de los moluscos en Cerro Juan Díaz, Panamá. Actualmente ejerce como arqueóloga investigadora del Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales, Panamá. Su dirección de correo-e es diacarco@hotmail.com.

John Griggs (estadounidense) obtuvo su licenciatura en psicología en la Universidad de Texas (Austin) en 1991 y su maestría en arqueología en la Universidad de Texas Tech en 1995, con una tesis sobre la arqueología del río Belén, Panamá. Actualmente es

relacionarse con el declive demográfico acelerado que dejó la conquista española y la colonización. La escasez de datos, especialmente de sitios ocupados durante la primera mitad del siglo XVI, dificulta para la arqueología el establecer parámetros fidedignos sobre el tamaño, naturaleza y distribución de los grupos humanos para la época. No obstante el resquebrajamiento social y étnico, algunas tradiciones culturales precolombinas sobrevivieron después del contacto, lo que parece estar demostrando una variedad tardía de platos cerámicos policromados llamados “Mendoza”, especialmente abundantes en asentamientos españoles tempranos como Natá y presentes en Santa María de Belén y Panamá La Vieja. Otro tipo de cerámica, “Limón”, documenta del mismo modo la continuidad de tradiciones precolombinas hasta posiblemente el siglo XVII en las estribaciones caribeñas centrales dentro del mismo territorio que ocuparon los “indios coclé”.

THE NATIVE PEOPLES OF PANAMA IN THE SIXTEENTH CENTURY:
AN ARCHAEOLOGICAL AND PALEOECOLOGICAL PERSPECTIVE
OF THEIR SOCIAL AND CULTURAL TRANSFORMATIONS

Abstract

Archaeology and paleoecology provide data about the continuity or discontinuity of Precolumbian material culture, the spatial distribution of human populations, and their impacts on the natural environment. The perspective they offer historians for analyzing sociocultural changes that occurred during Spanish conquest and early colonization complements reconstructions based on written sources. Analyses of sediment cores taken in eastern and central Panama, which elucidate the history of human disturbance of local vegetation over several millennia, point towards a sudden decline of proxies for agricultural disturbance and a recovery of forests. This apparently reflects the accelerated demographic decline of the human population triggered by Spanish conquest and colonization. The paucity of data that relate to archaeological sites occupied during the first half of the sixteenth century makes it difficult for researchers to establish reliable parameters for the size, nature, and distribution of human groups during this period. The fact that some Precolumbian traditions survived after contact despite social and ethnic disruption is suggested by a late variety of polychrome ceramic plates called “Mendoza”, which are frequently found around early Spanish settlements such as Natá, and are also present at Santa María de Belén and Panamá La Vieja. Another pottery type, “Limón”, likewise documents the continuing residence of descendants of Precolumbian people until the seventeenth century along the central Caribbean slopes, in the territory occupied by the so-called Coclé Indians.

estudiante doctoral en la Universidad de Texas (Austin) y escribe su tesis sobre los resultados de recorridos y excavaciones de prueba en el Caribe central de Panamá. Su dirección de correo-e es jgriggs@mail.utexas.edu.

Ilean Isel Isaza Aizpurúa (panameña) realizó estudios de licenciatura en la Universidad Autónoma de Guadalajara, México, donde presentó su tesis sobre el desarrollo de la cerámica pintada en el Panamá central en 1993. Actualmente es estudiante doctoral de la Universidad de Boston y becaria pre-doctoral del gobierno de Panamá (SENACYT) y del Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales. El tema de su tesis es el patrón de asentamiento precolombino del curso bajo del río La Villa, Panamá. Su dirección de correo-e es iisaza@bu.edu.

Durante el siglo XVI los pueblos indígenas del Neotrópico experimentaron transformaciones sociales y culturales para las que los adjetivos empleados por los historiadores para describirlas —“trascendentales”, “catastróficas”, “drásticas”— no son hipérbolos. Sin embargo, la invasión y colonización españolas no condujeron inexorable ni uniformemente al sometimiento, aculturación y extinción de aquéllos. En el Istmo de Panamá, la resistencia opuesta por algunos sectores de la población autóctona desde el inicio del periodo colonial, aunada al escaso número de colonizadores europeos y a su incapacidad de adaptarse efectivamente a zonas ecológicas que no fueran pastizales y sabanas, restringieron la ocupación secular española a la zona de tránsito, a unos cuantos asentamientos ganaderos en la vertiente del Pacífico y a una que otra mina rara vez explotada continuamente por mucho tiempo.

Claro está, cuando se comparan la situación de los indígenas para el siglo XVI, así como la condición del entorno antropogénico que ellos venían creando desde hacía muchos milenios, con las que regían un siglo después, las diferencias son tajantes: para el siglo XVII se acusa una población considerablemente reducida, una gran parte de ésta hispanizada; idiomas y etnias extintos; una afluencia de indígenas forasteros introducidos por los españoles; una cultura material y relaciones económicas grandemente cambiadas; en áreas todavía “de guerra”, un patrón de asentamiento consistente en comunidades pequeñas y esparcidas; la rápida dispersión de cultivos y animales domésticos foráneos; y, por último, una vegetación más boscosa y menos cultivada que la del siglo XVI.¹

Es importante señalar, sin embargo, que en este ambiente radicalmente cambiado nacieron las semillas de la recuperación demográfica y cultural indígena que comienza a sentirse a partir del siglo XVII. Aunque la muerte de idiomas y etnias continuara durante los siguientes siglos de dominio hispano —caso ejemplificado por los dorasques y chánguenas— siete grupos étnicos lograron sobrevivir hasta el siglo XXI; dos de éstos, los ngöbé y kuna, con poblaciones considerables, aproximadamente 130,000 y 50,000 respectivamente.²

¹ Véanse Richard Cooke, Lynette Norr y Dolores R. Piperno, “Native Americans and the Panamanian Landscape: Harmony and Discord between Data Sets Appropriate for Environmental History”, en Elizabeth J. Reitz, Lee A. Newsom y Sylvia J. Scudder, editores, *Case Studies in Environmental Archaeology* (New York: Plenum Press, 1996), págs. 103–126; y Dolores R. Piperno y Deborah M. Pearsall, *The Origins of Agriculture in the Lowland Tropics* (San Diego: Academic Press, 1998), págs. 209–227 y 286–297.

² Véanse de Adolfo Constenla, *Las lenguas del área intermedia: introducción a su estudio areal* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991); “Las lenguas

Las fuentes que se usan tradicionalmente para describir, analizar e interpretar las transformaciones arriba sintetizadas son las escritas. Se acepta como gaje del oficio del historiador el hecho de que éstas padezcan de parcialidades, inconsistencias y hasta falsedades, las cuales es menester considerar cuidadosamente en cualquier análisis interpretativo. Aunque algunas monografías recientes hayan contrarrestado la notoria tendencia de los historiadores de subestimar y hasta ignorar el papel de los pueblos indígenas en la formación de la sociedad poscolombina de Panamá, así como la efectividad de su resistencia al mundo hispano, nuestros conocimientos de la dinámica de la supervivencia indígena durante el siglo XVI permanecen tenues e inversamente proporcionales a su importancia.³ Por lógica, otras disciplinas que se preocupan por describir las relaciones cambiantes entre las sociedades humanas y su entorno a través del tiempo son capaces de aportar información adicional. A continuación, consideraremos datos proveídos por la arqueología y paleoecología.

DEMOGRAFÍA PRE Y POSCOLOMBINA I

El tema que acapara la atención de los investigadores cuando discuten sobre el primer contacto con los indígenas es el del decaimiento repentino de su población. Según Alfredo Castillero Calvo, los aproximadamente 13,000 indígenas censados en 1519–1522 representan un “punto de referencia esencial para medir los efectos devastadores de la conquista”.⁴ Gonzalo Fernández de Oviedo estuvo consciente del deber del cronista de tratar de explicar cómo una población que, según él, “passaba de dos millones, ó era incontable... se acabó... en tan poco tiempo”.⁵ Los soldados que participaron en las primeras incursiones sabían que el presumir que la mano de obra era inagotable fue una causa primaria del descalabro demográfico. En las palabras de Pascual de

dorasque y chánguena y sus relaciones genealógicas”, en *Revista de Filología y Lingüística* de la Universidad de Costa Rica 9 (1985), págs. 81–91; y Peter H. Herlihy, “Central American Indian Peoples and Lands Today”, en Anthony G. Coates, editor, *Central America: A Natural and Cultural History* (New Haven: Yale University Press, 1997), págs. 215–240.

³ Por ejemplo, Alfredo Castillero Calvo, *Conquista, evangelización y resistencia* (Panamá: Instituto Nacional de Cultura, Dirección Nacional de Extensión Cultural, 1995); y Omar Jaén Suárez, *La población del Istmo de Panamá: estudio de geohistoria* (Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1998).

⁴ Castillero Calvo, *Conquista, evangelización y resistencia*, pág. 39.

⁵ Véase Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del mar océano* (Madrid: Real Academia de Historia, 1849–1855), III, págs. 38 y 124.

Andagoya, cuando expresó en 1514, “todas estas gentes que se traían que fue mucha cantidad llegados al Darién los echaban a las minas de oro, que había en la tierra buenas... [Los españoles] nunca procuraron hacer ajustes de paz, ni de poblar, solamente era traer indios y oro al Darién, y acabarse allí”.⁶ La desolación observada por un dominico en 1515 —“toda la mayor parte de la gente que había desde el Darién hasta Nombre de Dios y después atravesando allí a la costa del Sur, es muerta y destruida”—⁷ fue confirmada por Fernández de Oviedo al señalar que “[la provincia de] Cueva estaba muy poblada de mar a mar y desde el Darién a Panamá lo cual todo al presente está cuasi yermo e despoblado”.⁸

El distinguir entre los estimados de Fernández de Oviedo y los de historiadores quienes abogan por una población de 150,000 a 250,000 indígenas en vísperas de la conquista,⁹ debería de estar al alcance de arqueólogos que, cuando trabajan mancomunadamente con matemáticos y ecólogos, son capaces de convertir datos desprendidos de los recorridos de campo y de las apreciaciones teóricas de la capacidad de sostén de distintos hábitats en modelos sobre la distribución y densidad de la población autóctona. Sin embargo, en lo que respecta a Panamá hay disponibles pocos datos de campo confiables sobre las unidades demográficas básicas —la casa y el asentamiento— y la relación que guardan éstos con otras interrogantes; por ejemplo, si los sitios arqueológicos eran ocupados de manera continua o si todo el espacio cubierto por sus restos culturales era usado simultáneamente. Estos problemas se abultan por el margen de error de las fechas de ¹⁴C, cuya envergadura es siempre mayor que dos generaciones humanas (80 años). Además, para el 1400 d. C. las crecientes oscilaciones de las curvas de calibración dendroconológica aumentan la inseguridad estadística de los cálculos de la edad. Por consiguiente, es difícil traducir las medidas empleadas por los arqueólogos —como la máxima extensión de los restos culturales “coetáneos”— en números confiables de habitantes. Por otro lado, es fácil caer en el error de asumir *a priori* que una población humana guarda una relación constante y previsible con la capacidad de sostén de la región que habita. Aunque se comprenda el trasfondo ecológico detrás de la aseveración de Castellero Calvo de que los cacicazgos de Azuero y Darién localizados en zonas fluvio-

⁶ Pascual de Andagoya, citado en Carol F. Jopling, compiladora, *Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII: selecciones de los documentos del Archivo General de Indias* (South Woodstock, Vermont: Plumsock Mesoamerican Studies, 1994), pág. 29.

⁷ Citado en Jopling, *Indios y negros*, pág. 40

⁸ Fernández de Oviedo, *Historia general*, III, pág. xx.

⁹ Castellero Calvo, *Conquista, evangelización y resistencia*, pág. 39

estuarinas representaban el 70% de la población del Istmo,¹⁰ cabe advertir que durante la época precolombina algunos recursos primarios en los sistemas de trueque y por ende determinantes del prestigio de quienes los extraían y canjeaban —como el basalto para hacer hachas, las lavas y tobas para las piedras del moler, el oro y el cobre— se encuentran concentrados en zonas cordilleranas o caribeñas, las cuales no eran las más adecuadas para mantener poblaciones nucleadas o densas. Recientes recorridos arqueológicos por el Caribe central han constatado la presencia de sitios precolombinos de extensión considerable, incluso cuatro con terrazas artificiales, en un caso (LP-11) revestidas con piedras.¹¹ Se supone que la importancia de éstos estuvo relacionada con los beneficios económicos que traía la extracción de materias primas, cuyo canje aseguraba el abastecimiento de alimentos.

Aunque todavía no se pueda estimar con precisión el tamaño de la población precolombina para el siglo XVI en base a datos de campo arqueológicos, sí se puede proponer generalizaciones razonables sobre su distribución y concentración a lo largo del Istmo, las cuales llaman la atención sobre la magnitud del cambio demográfico ocurrido después de esta fecha. Un patrón que se desprende de los resultados de los recorridos sistemáticos realizados en la vertiente del Pacífico es el de la aglutinación de la población precolombina en vegas aluviales durante los últimos 2,000 años de la época precolombina. Olga Linares y Payson Sheets estimaron la población de los valles de Volcán y Cerro Punta (Figura 1) en aproximadamente 2,400 personas, lo que se traduce en una densidad de 39 personas/km².¹² Esta cifra sobrepasa con creces la de las 9.1 personas/km² inferida por Kathleen Romoli para todo el territorio cueva el cual, según esta historiadora, habría tenido unas 230,000 personas.¹³ Si

¹⁰ Castellero Calvo, *Conquista, evangelización y resistencia*, pág. 39.

¹¹ Véanse John Griggs, “Un estudio preliminar arqueológico de la Concesión Minera de Petaquilla, Provincia de Colón, República de Panamá”, en *Reporte del proyecto para investigaciones realizadas en la concesión minera de Petaquilla* (Vancouver: Teck Corporation, 1998); y John Griggs, Luis Alberto Sánchez Herrera, Richard G. Cooke, Claudia P. Díaz y Diana R. Carvajal, *Recopilación y presentación de datos ambientales y culturales en la región occidental de la cuenca del Canal de Panamá. Tarea 6: Inventario de sitios de recursos culturales y evaluación del potencial de sitios adicionales*. Volumen 2: *Informe de la Fase I e informe final* (Panamá: The Louis Berger Group, Smithsonian Tropical Research Institute, Universidad de Panamá y La Autoridad del Canal de Panamá, 2003).

¹² Véase Olga F. Linares y Payson D. Sheets, “Highland Agricultural Villages in the Volcan Baru Region”, en Olga F. Linares y Anthony J. Ranere, editores, *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama*, Peabody Museum Monographs 5 (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1980), pág. 54.

¹³ Véase Kathleen Romoli, *Los de la lengua cueva: los grupos indígenas del istmo oriental en la época de la conquista española* (Santa Fé de Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Instituto Colombiano de Cultura, 1987), pág. 28.

bien los datos chiricanos no corresponden a la situación al momento de la conquista española —porque el valle de Cerro Punta fue abandonado después de la segunda erupción holocénica del volcán Barú entre el 600 y 1000 d. C.—, sí señalan cuán densa pudo haber sido la población precolombina en zonas de alta productividad agrícola aun en las que escaseaba la proteína de origen animal.¹⁴ Se supone que en otras zonas aledañas a los estuarios de la costa del Pacífico, donde había abundantes alimentos de origen animal que los indígenas aprovechaban eficientemente, habrían existido mayores densidades de población que en la cordillera de Talamanca, tal y como lo sugiere Castellero Calvo.¹⁵ Basándose en datos menos confiables que los de Linares, Richard Cooke estimó que la población del cacicazgo de Escoria, localizado en el curso bajo del río Santa María, habría tenido cerca de los 7,800 habitantes.¹⁶ Suponiendo que este territorio cubría 176 kilómetros cuadrados, la densidad de población estaría cerca de los 44 habitantes/km². Un recorrido de completa cobertura realizado entre 2001 y 2002 por Ilean Isaza en el curso bajo del río La Villa presenta un panorama que bien podría tipificar otros ambientes similares en el Istmo entero para el siglo XVI: asentamientos casi continuos en ambas bandas del río desde el 500 hasta el 1400–1500 d. C. Si visualizáramos campos cultivados localizados en los espacios libres de restos culturales, este ambiente se compaginaría con las descripciones hechas por los soldados de Pedrarias Dávila de este río “todo poblado”, según Gaspar de Espinosa, y “de grande pusición para maizales y yuca y todos los bastimentos de indios”.¹⁷

¹⁴ Véanse Herman Behling, “A 2860-Year High-Resolution Pollen and Charcoal Record from the Cordillera de Talamanca in Panama: A History of Human and Volcanic Forest Disturbance”, en *Holocene* 10 (2000), págs. 387–392; y Olga F. Linares, “Conclusions”, en Linares y Ranere, editores, *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama*, pág. 243.

¹⁵ Véanse Richard Cooke, “La pesca en estuarios panameños: una visión histórica y cultural desde la Bahía de Parita”, en Stanley Heckadon M., editor, *Panamá: puente biológico* (Panamá: Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales, 2000), págs. 45–53; y Máximo Jiménez y Richard Cooke, “La pesca en el borde de un estuario neotropical: el caso de Cerro Juan Díaz (Bahía de Parita, costa del Pacífico de Panamá)”, en *Noticias de Arqueología y Antropología* (Grupo NaYa, Buenos Aires, CD-ROM, 2000).

¹⁶ Véase Richard Cooke, “Subsistencia y economía casera de los indígenas precolombinos de Panamá”, en Aníbal Pastor, editor, *Antropología panameña: pueblos y culturas* (Panamá: Editorial Universitaria, 1998), pág. 104.

¹⁷ Citado en Jopling, *Indios y negros*, págs. 62 y 65.

LOS BOHÍOS DE LOS CACIQUES

En vista de que la sociedad indígena al momento del contacto comprendía territorios políticos con una evidente jerarquía social, sería lógico que cada cacicazgo demostrara una correspondiente jerarquía de *sitios*, siendo las aldeas más grandes y mejor dotadas de recursos, las sedes del cacique y su séquito, así como los focos de trueque, ceremonias y rituales. En el litoral de la Bahía de Parita, los tres “sitios” contiguos de Cerro Cerrezuela, Sitio Conte y El Caño comprendieron un gran conjunto ceremonial con hileras de columnas de piedra, terrazas, calzadas de cantos rodados y entierros de gente opulenta.¹⁸ Según testigos oculares españoles, el asentamiento del *quibian* del río Veragua era la más grande en esta zona y la casa cacical, la más elegante.¹⁹ La aldea de Comogre, localizada en el curso medio del río Chucunaque, fungía como centro de trueque además de tener un taller de orfebrería y una gran casa mortuoria de madera.²⁰ En el pueblo de Natá los españoles observaron un mercado adonde gentes de la costa acudían a canjear cangrejos por maíz.²¹ Espinosa estimó que aquí residían “1,500 ánimas y dende arriba” en 1516, cifra que parece aproximarse a la realidad teniendo en cuenta una hipotética población máxima de unos 1,000 habitantes en asentamientos nucleados precolombinos en la misma zona (La Mula-Sarigua y Sitio Sierra) y una cifra de más de 2,000 personas censadas en el mayor asentamiento actual de los kunas en San Blas (Ustupu).²²

Indiscutiblemente, el cacique y sus allegados vivían mejor que el resto de la comunidad. Queda por demostrarse, sin embargo, que existiera un verdadero “asentamiento cacical”, ocupado generación tras generación en el

¹⁸ Véase Richard Cooke, Ilean Isaza Aizpurúa, John Griggs, Benoit Desjardins y Luis Alberto Sánchez Herrera, “Who Crafted, Exchanged, and Displayed Gold in Pre-Columbian Panama?”, en Jeffrey Quilter y J. D. Hoopes, editores, *Gold and Power in the Intermediate Area* (Washington, D. C.: Dumbarton Oaks, en prensa).

¹⁹ Véase Diego de Porras, “Informe oficial del cuarto viaje del almirante a las Indias”, en Juan Gil y Consuelo Varela, editores, *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas* (Madrid: Alianza Madrid, 1984), págs. 300–307.

²⁰ Jopling, *Indios y negros*, pág. 24; Carl Sauer, *The Early Spanish Main* (Berkeley: University of California Press, 1966), pág. 276; y Peter Martyr, *De Orbe Novo* (New York: Putnam, 1912).

²¹ Jopling, *Indios y negros*, pág. 49.

²² Cooke, “Subsistencia”. Véase también Richard Cooke y Anthony J. Ranere, “The Origin of Wealth and Hierarchy in the Central Region of Panama (12,000–2,000BP)”, en Frederick W. Lange, editor, *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area* (Washington, D. C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1992), pág. 275.

mismo lugar, en cada uno de los muchos “cacicazgos” descritos por los españoles a principios del siglo XVI. Aunque Barriles —donde se halló un centro ceremonial con plataformas, estatuas de piedra y gigantescos metates— se encuentra en una zona bien poblada, es uno de tres sitios grandes de casi igual tamaño.²³ Según Isaza, ninguno de los asentamientos extensos identificados en el río La Villa fue tajantemente más grande que los demás. Espinosa se refiere al “asiento viejo” del cacique París o Antatará, lo que sugiere que él había trasladado su residencia a otro sitio.²⁴ Por consiguiente, es factible que hasta los asentamientos más extensos y económicamente pudientes hubiesen sido desocupados total o parcialmente de vez en cuando, ya sea porque el hacinamiento y los desechos los hacían insoportables para vivir, o por razones políticas o militares. Por un lado, esto reafirma la necesidad de ser cautelosos al usar el tamaño de los yacimientos culturales para inferir la demografía regional; por otro, destaca lo inciertos que resultan dos supuestos que han sido aceptados como verídicos por muchos arqueólogos, siendo el primero de ellos que lugares como Barriles, Sitio Conte y Finca Juan Calderón, los cuales además de estar entre los pocos sitios panameños que pueden identificarse como “ceremoniales”, eran lugares donde se enterraba a personas ricas e influyentes y fungían como las “capitales” de un *cacicazgo específico*. Parece más acorde con los datos arqueológicos la hipótesis de que ellos eran en efecto lugares de reunión y ritual a los que acudía una población de mucho mayor envergadura geográfica que los confines de un cacicazgo particular, la cual, consciente de su origen común y de sus lazos ancestrales, pertenecía no obstante a distintas agrupaciones políticamente autónomas. El segundo supuesto atañe a la permanencia diacrónica de los territorios cacicales. A decir verdad no sabemos si los cacicazgos descritos por los españoles en el siglo XVI tenían la misma configuración geopolítica mil o dos mil años antes. Los cronistas españoles describen una situación social y política bastante inestable en la que las rivalidades, el hacer y romper tratos y alianzas, el abuso de los cautivos y la poligamia, aunados a las consecuencias de los constantes ataques y represalias y la declinante fertilidad de los suelos, ejercieron bastante influencia sobre la geografía política.²⁵ Semejante situación sea tal vez una de las razones del por qué nadie se preocupaba por edificar con estructuras permanentes los sitios que no fueran centros ceremoniales.

A manera de resumen, aunque aun no sea posible lograr una fidedigna reconstrucción numérica de la población precolombina de Panamá basada en

²³ Linares y Sheets, “Highland Villages”, pág. 53, fig. 4.0–2.

²⁴ Citado en Jopling, *Indios y negros*, págs. 62–63.

²⁵ Fernández de Oviedo, *Historia general*, III, pág. 132.

datos de campo arqueológicos, éstos sugieren que las vegas aluviales y valles cordilleranos albergaban a poblaciones densas en tanto que en muchas zonas donde la capacidad de sostén habría sido menor, la existencia de importantes recursos no alimenticios habría compensado, en teoría, su bajo potencial demográfico. En párrafos subsiguientes volveremos al tema de la relación entre los datos de campo arqueológicos y el tamaño de la población en vísperas de la conquista. Conviene ahora considerar lo que nos indica la paleoecología sobre el despoblamiento del siglo XVI.

REGRESO DE LOS BOSQUES:

CONFIRMACIÓN DE UN ABRUPTO CAMBIO DEMOGRÁFICO

Durante las dos últimas décadas se han publicado los resultados del análisis de restos microscópicos de especies de plantas halladas en sedimentos acumulados en ríos, lagos y ciénagas, los cuales permiten reconstrucciones, tanto del clima regional como de la influencia de las sociedades humanas en la vegetación local a través del tiempo.²⁶ Tres sitios panameños son especialmente informativos: la Laguna de La Yeguada, localizada en la vertiente del Pacífico de la cordillera de Veraguas, a 650 m snm, y las ciénagas de Cana y Laguna Wodehouse, ubicados a aproximadamente 500 m snm en la cabecera del río Tuyra, en los alrededores de la mina española de Santa Cruz de Cana (Daríen) (Figura 1).

La Yeguada se formó hace aproximadamente 14,300 años radiocarbono a. P. Iniciadas para el 11,150 a. P., las actividades humanas en su cuenca conllevaron a un paisaje considerablemente alterado entre el 7000 a. P. y 2000 a. P. (aproximadamente entre 5000 a. C. y 1 d. C.). Aunque a partir de esta última fecha se acusa cierta recuperación de la vegetación arbórea, la cual señala una leve merma en las actividades agrícolas, el paisaje siguió siendo dominado por gramíneas y especies arbustivas y secundarias, hasta que la cuenca se reforestara durante la deposición del último metro de sedimentos en la laguna. Lo abrupto que fue este cambio se nota claramente en las gráfi-

²⁶ Véanse Dolores R. Piperno, "Phytolith and Charcoal Records from Deep Lake Cores in the American Tropics", en Deborah M. Pearsall y Dolores R. Piperno, editoras, *Current Research in Phytolith Analysis: Applications in Archaeology and Palaeoecology*. MASCA Research Papers in Science and Archaeology, 10 (Philadelphia: University Museum of Archaeology and Anthropology, 1993), págs. 58–71; "Plant Microfossils and Their Application in the New World Tropics", en Peter W. Stahl, editor, *Archaeology in the Lowland American Tropics: Current Analytic Methods and Recent Applications* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), págs. 130–153; y "Paleoethnobotany in the Neotropics from Microfossils: New Insights into Ancient Plant Use and Agricultural Origins in the Tropical Forest", en *Journal of World Prehistory* 12 (1998), págs. 393–449.

cas.²⁷ El apogeo de la reforestación se registra después de la fecha de 600 ± 90 a. P. obtenida a una profundidad de 0.71–0.86 m, cuyo rango calibrado a 2σ es 1290 [1325 & 1345 & 1395] 1420 d. C.²⁸ (Beta 14208), por lo que luce bastante clara la correspondencia entre el abandono total del área por los indígenas y el arribo de los españoles.²⁹

Los datos provenientes de la cuenca alta del río Tuyra indican que esta zona había sido colonizada por agricultores indígenas cuando los embalses muestreados por los paleoecólogos comenzaron a llenarse de agua para el 4000 a. P. (aproximadamente 2000 a. C.). Aunque la deforestación precolombina fuera menos intensiva aquí que en La Yeguada, siendo interrumpida por periodos de recuperación del bosque, las parcelas indígenas no se ciñeron al área inmediata de los lagos donde, de acuerdo a las inusitadas concentraciones de polen de esta especie en las muestras, deberían de haber existido extensos maizales. Todos los parámetros paleoecológicos demuestran que los indígenas de repente dejaron sus faenas agrícolas, permitiendo así que el área fuera invadida por bosques con tanta rapidez que actualmente parecen “vírgenes” —excluidas las inmediaciones de la mina, donde la vegetación secundaria refleja la presencia de gente relacionada con la extracción de oro entre 1680 y 1727 y nuevamente en los siglos XIX y XX. Según Bush y Colinvaux, este suceso ocurrió un poco antes de una fecha de ^{14}C de 310 ± 50 a. P. (1455 [1530 & 1545 & 1650] 1685 cal d. C.).³⁰

Teniendo en cuenta los márgenes de error estadísticos del fechamiento radiocarbónico no se puede asumir que tales cambios sucedieron precisamente en el siglo XVI. Sin embargo, su rapidez y características botánicas en ambos embalses —uno localizado probablemente dentro del territorio de

²⁷ Cooke, *et al.*, “Native Americans”, figura 3.

²⁸ Las calibraciones de las fechas de carbono-14 fueron calculadas por Beta Analytic (2002). Se presentan con los rangos 2σ encerrando los valores de los interceptos.

²⁹ Veáanse Mark B. Bush, Dolores R. Piperno, Paul A. Colinvaux, Paulo E. de Oliveira, *et al.*, “A 14,300-Year Paleocological Profile of a Lowland Tropical Lake in Panama”, en *Ecological Monographs* 62 (2000), págs. 251–275; Dolores R. Piperno, Mark B. Bush y Paul A. Colinvaux, “Paleoenvironments and Human Settlement in Late-Glacial Panama”, en *Quaternary Research* 33 (1990), págs. 108–116; y Piperno y Pearsall, *The Origins of Agriculture*, figs. 5.8 y 5.9.

³⁰ Mark B. Bush y Paul A. Colinvaux, “Tropical Forest Disturbance: Palaeoecological Records from Darién, Panama”, en *Ecology* 75 (1994), págs. 1761–1768; Cooke, *et al.*, “Native Americans”, págs. 108–109; y Dolores R. Piperno, “Phytolith and Charcoal Evidence for Prehistoric Slash and Burn Agriculture in the Darien Rainforest of Panama”, en *Holocene* 4 (1994), págs. 321–325.

Escoria y el otro ocupado por indígenas que no eran “cuevas”—³¹ hacen lógico presumir que los procesos sociales que los promovieron fueron igualmente repentinos y trascendentales, como los relacionados a la conquista española.

Por otro lado, el regreso acelerado de los bosques subraya que las perturbaciones ocasionadas por la agricultura de tala y quema precolombina, la cual se valía únicamente del fuego y de utensilios de piedra menos eficientes en un 90% que las hachas de hierro, no fueron lo suficientemente drásticas como para impedir que se mantuviesen bosques florísticamente intactos cerca de cada cuenca investigada. Esto no es de sorprenderse porque, si bien los soldados de Pedrarias Dávila describen un paisaje de herbazales y sabanas que extendía desde “Comogre” (el río Chucunaque) hasta Chiriquí, también se refieren a bosques a lo largo de los ríos y en cerros y cordilleras.³² Es probable, además, que el repliegue de los cazadores humanos hubiese facilitado la recuperación demográfica de roedores, como los ñeques (*Dasyprocta*) y conejos pintados (*Agouti paca*), cuyos hábitos alimentarios que ayudan a dispersar las semillas de los árboles son muy importantes para el mantenimiento de los bosques.³³

DEMOGRAFÍA PRE Y POSCOLOMBINA II:

EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA DEL CONTACTO Y DE SU SECUELA

Uno de los argumentos más contundentes de los que abogan por el decaimiento catastrófico de la población indígena en el siglo XVI es que las virulentas enfermedades exógenas traídas desde el Viejo Mundo, contra las cuales los indígenas no poseían una inmunidad natural, no sólo arrasaron con las poblaciones autóctonas al momento específico del contacto sino que también precedieron al avance de los españoles.³⁴ Por ende, determinar si existe prueba arqueológica de algún tipo de contacto entre españoles e indígenas antes de la primera constancia escrita de la presencia de aquellos en una región específica, procurar identificar exactamente dónde estaban ubicados

³¹ Romoli, *Los de la lengua cueva*.

³² Véanse Richard Cooke y Anthony J. Ranere, “Human Influences on the Zoogeography of Panama: An Update Based on Archaeological and Ethnohistorical Evidence”, en Steven P. Darwin y Arthur L. Welden, editores, *Biogeography of Mesoamerica* (New Orleans: Tulane University, 1992), págs. 21–58; y Sauer, *The Early Spanish Main*.

³³ Bush y Colinvaux, “Tropical Forest Disturbance”, pág. 1766.

³⁴ Véase, Henry F. Dobyns, *Their Numbers Become Thinned* (Knoxville: University of Tennessee Press, 1983); y Ann F. Ramenofsky, *Vectors of Death: The Archaeology of European Contact* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1987), págs. 1–21.

los asentamientos indígenas cuando se dieron las primeras incursiones y considerar si se vislumbra una merma de la población nativa en postrimerías de la época precolombina, son temas de investigación interesantes si bien metodológicamente complicados.

Aunque Santa María de Belén se destaque como el primer punto de contacto físico entre españoles e indígenas en el Istmo de Panamá a finales de 1502 y a comienzos de 1503, es importante recordar que el tercer viaje de Colón, así como otros de Rodrigo Bastidas, Martín Fernández de Enciso, Alonso de Ojeda y Perolonso Niño por las costas caribeñas desde Venezuela hasta el Golfo de Urabá y la costa este de Panamá, condujeron definitivamente a contactos sustanciales con asentamientos costeros indígenas, los cuales mantenían relaciones de trueque entre sí.³⁵ Por lo que cabe en lo posible que se hubiesen transmitido algunas enfermedades contagiosas antes de que Colón fundara su malhadada agrupación de chozas en la costa Caribe de Veragua.

A primera vista, los datos disponibles para la vertiente del Atlántico de Panamá sugieren que este no fue el caso. Aunque es probable que el almirante, su hijo Fernando, Diego de Porras y Diego Méndez hayan exagerado al describir la cantidad de guerreros contra los que se enfrentaron, cuando el panorama general que ellos presentan de las comunidades indígenas y de su entorno se coteja con los datos arqueológicos recabados recientemente por John Griggs y sus colegas en las cuencas de los ríos Belén, Coclé del Norte e Indio, se infiere un patrón de asentamiento distinto al actual y, en nuestra opinión, una población considerablemente mayor.³⁶ Si bien la escasez de aldeas nucleadas se comprende por las condiciones geográficas y climáticas de esta zona, nos parece imprudente asumir, como señalamos atrás, que ella hubiera sido tan marginada en 1502 como lo es hoy en día.

La presencia de artículos europeos conjuntamente con otros de tradición y tecnología precolombinas en un mismo contexto estratigráfico es la forma más segura de constatar que un sitio arqueológico estuvo en uso al momento de contacto, siempre y cuando el material europeo sea cónsono, en un sentido estilístico y cronológico, con las fechas establecidas en los documentos para los primeros contactos. El hecho de que Cristóbal Colón haya canjeado artículos europeos por otros indígenas, como discos repujados de

³⁵ Véanse Kathleen Romoli, *Balboa of Darién* (New York: Doubleday, 1953), págs. 13–25; y Samuel E. Morison, *The European Discovery of America* (New York: Oxford University Press, 1974), págs. 141–161 y 184–209.

³⁶ Véanse Diego de Porras, “Informe oficial”; Diego Méndez, “Relación hecha por Diego Méndez”, en Lionel C. Jane, editor, *The Four Voyages of Columbus* (Toronto: Dover, 1988), págs. 112–143; Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante y su testamento*, 3ª edición (Austral: Buenos Aires, 1958), págs. 195–210.

oro que los españoles llamaban “patenas”, hace probable que algunos objetos exóticos entraran en las redes de trueque locales más de una década antes del desplazamiento español hacia el Pacífico central. Por ello reviste especial interés el hallazgo de cuentas de vidrio venecianas, estilísticamente atribuibles al siglo XVI, en entierros en urnas en El Caño, los cuales contuvieron objetos indígenas, como piezas fundidas y martilladas de oro y cuentas de concha y piedra negra.³⁷ En vista de que la presencia española en Natá fue contundente a partir de 1516, dudamos que después de esta fecha se hubiesen practicado rituales mortuorios a la usanza precolombina, por lo cual presumimos que las cuentas pudieron haber aparecido allí mediante un intercambio previo, ya sea a través de la cordillera (con Belén), sea desde Nombre de Dios o Santa María la Antigua.

Uno de los materiales más útiles para el fechamiento relativo de los sitios arqueológicos es la cerámica. En “Gran Coclé”, la región cultural a la que pertenecían El Caño y Natá, se destaca una cerámica policromada que hace uso de tres o cuatro colores y que está decorada con un conjunto de motivos geométricos y biomorfos. Los arqueólogos han identificado distintas etapas —llamadas “estilos”— en el desarrollo diacrónico de esta tradición, la cual se remonta al 200 a. C. Los cambios son graduales y bien podrían ser generacionales o cuasigeneracionales; obedecen a una paulatina transformación que tipifica aquellos sistemas cognoscitivos que tienen una dinámica propia libre de influencias foráneas. Durante los últimos cuatro siglos de la época precolombina (1100–1500 d. C.) estaban en boga dos estilos: “Parita” y “El Hatillo”, siendo este último el más reciente de acuerdo a consideraciones estratigráficas y estilísticas.³⁸ El modo de decoración de ambos es tricolor (negro, rojo y un matiz claro) y sus motivos basados en animales y seres humanos tienden a ser más abstractos que en los estilos antecedentes.

Como suele ocurrir en áreas caracterizadas por las actividades ganaderas y agrícolas, las capas más recientes de los sitios arqueológicos son casi siempre

³⁷ Richard Cooke, Luis Alberto Sánchez Herrera y Koichi Udagawa, “Contextualized Goldwork from ‘Gran Coclé’, Panama: An Update Based on Recent Excavations and New Radiocarbon Dates for Associated Pottery Styles”, en Colin C. McEwan, editor, *Pre Columbian Gold: Technology, Style, and Iconography* (London: British Museum Press, 2000), págs. 154–176.

³⁸ Véanse Cooke, *et al.*, “Contextualized Goldwork”; Armand J. Labbé, *Guardians of the Life Stream: Shamans, Art, and Power in Prehispanic Central Panama* (Los Angeles: Bowers Museum of Cultural Art, 1995); John Ladd, *Archaeological Investigations in the Parita and Santa María Zones of Panama*. Bureau of American Ethnology, Bulletin 193 (Washington, D. C.: U. S. Govt. Print. Off., 1964); y Luis Alberto Sánchez Herrera, “Panamá: arqueología y evolución cultural”, en *Artes de los Pueblos Precolombinos de América Central* (Barcelona: Instituto de Cultura, Museo Barbier-Mueller, 2000), págs. 115–145.

las más perturbadas, por lo que no ha sido posible atribuir fechas radiocarbónicas de manera satisfactoria al estilo “El Hatillo”.³⁹ Cabe señalar, sin embargo, que esta categoría de cerámica es notoriamente más escasa que los estilos anteriores en sitios arqueológicos muestreados en los valles que desembocan en la Bahía de Parita. Es posible que algunos factores culturales hubiesen influido en esta distribución: por ejemplo, que las vasijas “El Hatillo” fuesen producidas en menores cantidades que las de siglos anteriores o que fueran utilizadas sólo por sectores élites de la sociedad. Aunque en este momento la escasez de datos de campo adecuadamente contextualizados impide la dilucidación objetiva de esta interesante anomalía, nos incumbe señalar su posible conexión con una merma de la población regional en vísperas del contacto español, la cual adquiere relevancia investigativa a la luz de nuestros comentarios sobre la precocidad de las epidemias.

PLATOS “MENDOZA”

Otra característica de la cerámica tardía en “Gran Coclé” que merece destacarse es una variedad de platos, frecuentemente con pedestal, los cuales guardan una relación iconográfica con “El Hatillo”, pero que a la vez encierran un grupo de atributos que justifican su identidad como una categoría clasificatoria independiente. A estos platos se le ha puesto el nombre tipológico “Mendoza” (Figuras 2 y 3).⁴⁰ Reúnen las siguientes características:

- [1] el borde en forma de una ‘S’ alargada con un engrosamiento leve cerca del labio o con en el labio aplanado y exverso;
- [2] la decoración pintada en negro sobre un color claro, consistente en bandas concéntricas, las cuales ocupan el interior del plato justamente debajo del labio o cubren áreas más extensas, inclusive hasta el fondo;
- [3] tres modos de diseño, los cuales se pintan solos o en combinación (por ejemplo, Figura 2 a):

³⁹ Se reportó una fecha de 415 ± 90 años a. P. (1395 [1425–1530 & 1555–1635] 1660 d. C.), supuestamente asociada con cerámica El Hatillo, en una tumba profunda en el sitio Finca Juan Calderón (véase Ladd, *Archaeological Investigations*, pág. 151). Cabe advertir, no obstante, que no se ha publicado ilustraciones de este material, el cual fue recogido por un saqueador (véase, Leo Biese “The Gold of Parita”, en *Archaeology* 20 (1967), págs. 202–208).

⁴⁰ Véase Richard Cooke, “Una nueva mirada a la cerámica de las Provincias Centrales”, en *Actas del IV Simposium Nacional de Arqueología, Antropología y Etnohistoria de Panamá* (Panamá: Instituto Nacional de Cultura, 1976), págs. 309–365.

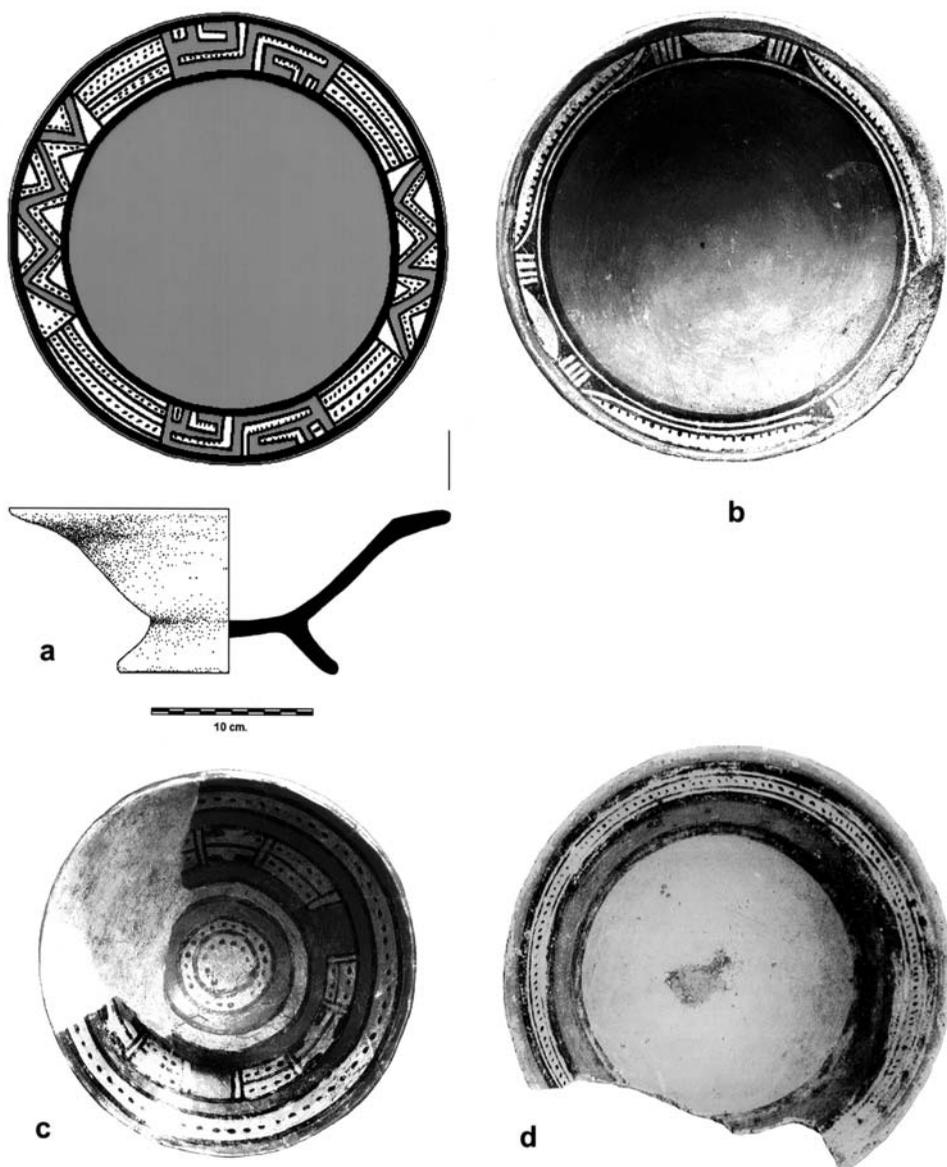


FIGURA 2

Platos “Mendoza” (blanco y negro sobre rojo). a: Abrigo Capacho (Pn-62), Coclé, Panamá (dibujo de Luis Alberto Sánchez Herrera en base a una fotografía de Richard Cooke); b: “Veraguas”, Museo de Antropología, Ciudad de Panamá (fotografía de Richard Cooke); c: sin procedencia, colección privada; d: “Veraguas”, Museo de Antropología, Ciudad de Panamá (fotografía de Richard Cooke)

- [a] una cara de animal rectilínea y angular de hocico alargado y “dientes”, la cual se deriva de una figura más realista con atributos de cocodrilo (Figura 2 a, 3 a–c);⁴¹
- [b] un motivo consistente en dos triángulos colocados dorso-contradorso, los cuales encierran grupos de líneas verticales y de cuyos ápices inferiores sale una línea negra continua decorada usualmente con pequeños “dientes” negros (Figuras 2 b, 3 i–l);
- [c] arreglos de puntos negros lineales definidos por líneas verticales y/o horizontales (Figuras 2 c–d, 3 e–h).

Cuando estos platos “Mendoza” se comparan con los de los estilos anteriores sobresalen por su inferior calidad: los diseños fueron mal trazados; la pintura frecuentemente se aplicó de manera descuidada; la arcilla contiene mucha arena y la cocción fue generalmente deficiente. Es decir, hay muchas razones técnicas y estilísticas por las que asumir que ellos representen tanto la última etapa en la producción de los platos policromados en “Gran Coclé”, como una artesanía hecha bajo condiciones sociales que eran tensionantes o que no permitían que se prestara tanta importancia a este medio, como en siglos anteriores.

A primera vista, el aspecto más sobresaliente de la distribución geográfica de los platos “Mendoza” es su extrema escasez al sur del río Santa María y su mayor representación al norte del mismo (Figura 4). De ser este río de gran caudal alguna especie de frontera cultural podría argumentarse que los platos “Mendoza” son tan sólo una variedad local del estilo “El Hatillo”. Lo que no encaja con este supuesto es el hecho de que los anteriores estilos de la policromía de “Gran Coclé” demuestren una distribución balanceada, tanto al norte como al sur del río. Es preciso tener cuidado cuando se interpreta el mapa de distribución de los platos “Mendoza” porque sólo algunos valles del área geográfica representada han sido prospectados de manera sistemática por arqueólogos. Se destaca, sin embargo, la concentración de sitios que han reportado fragmentos de esta cerámica en los cursos bajos de los ríos Coclé, Grande y Chico. Seis (NA-2, 3, 5, 6, 7 y 8) se encuentran dentro la actual zona urbana de Natá, ocupada por los españoles en 1516 como dijimos atrás, y punto de avance para la colonización española de Veragua.⁴²

⁴¹ Véase Richard Cooke, “The Felidae in Pre-Columbian Panama: A Thematic Approach to Their Imagery and Symbolism”, en Nicholas J. Saunders, editor, *Icons of Power: Feline Symbolism in the Americas* (London: Routledge, 1998), págs. 77–121.

⁴² Véase Alfredo Castillero Calvo, *Estructuras sociales y económicas de Veragua desde sus orígenes históricos, siglos XVI y XVII* (Panamá: Editora Panamá, 1967).

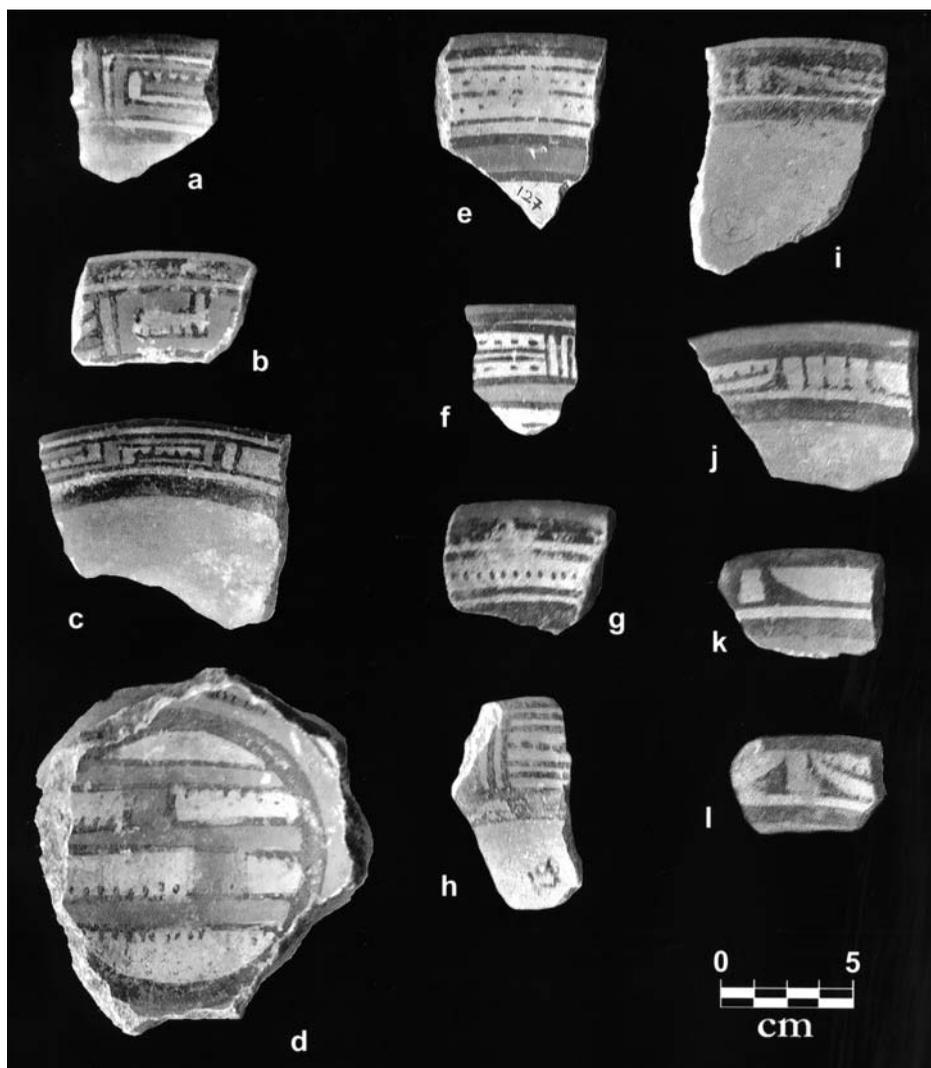
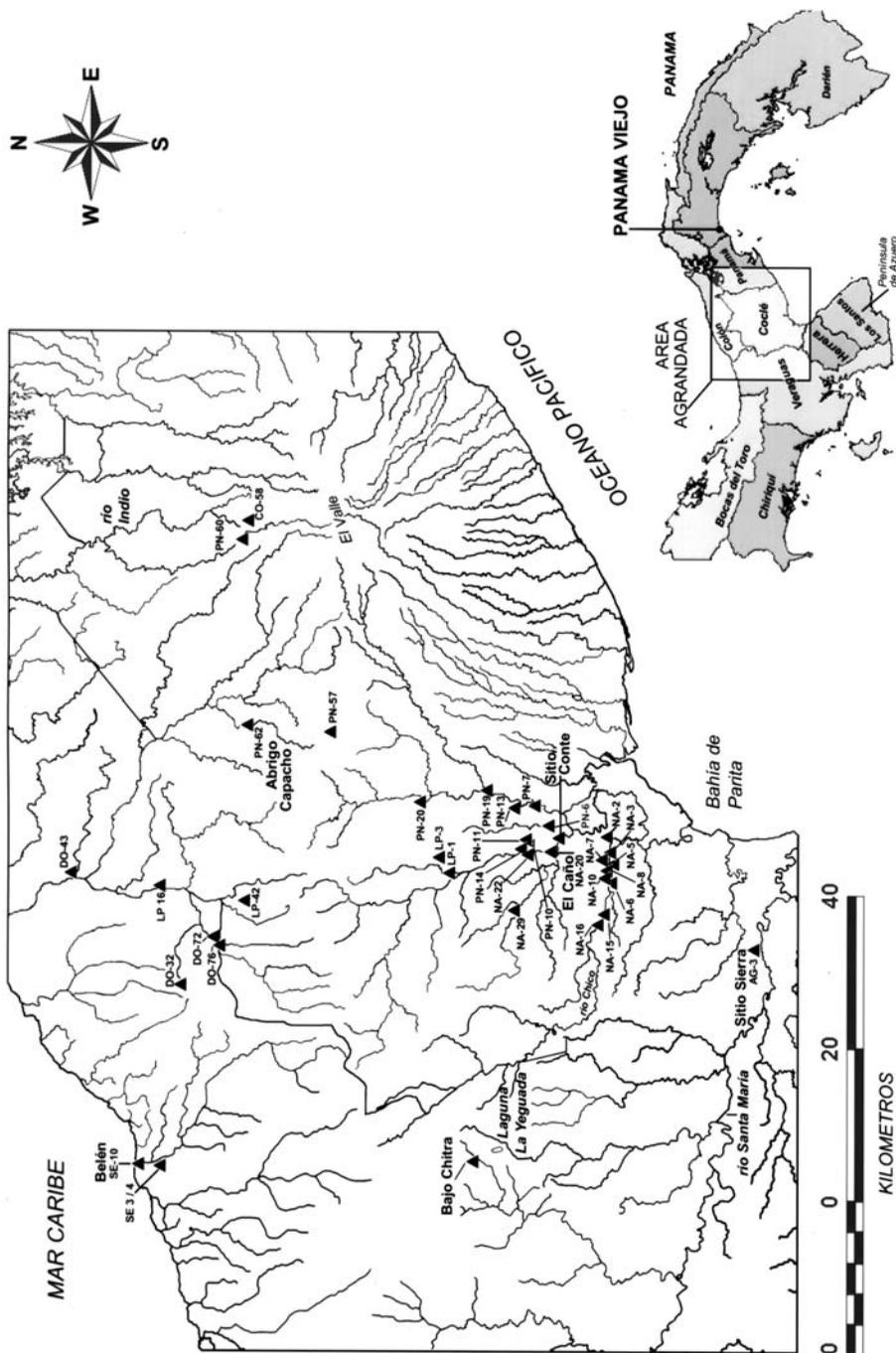


FIGURA 3

Tiestos “Mendoza” (blanco y negro sobre rojo) hallados en sitios coclesanos. a: NA-8, b: PN-10, c: PN-11, d: NA-6, e: NA-22, f: NA-22, g: NA-8; h: Sitio Sierra, I: NA-8, j: NA-8, k: NA-7, l: NA-7 (fotografía de Richard Cooke)

Otro sitio donde los platos “Mendoza” representan la única categoría de cerámica pintada es Bajo Chitra (Cl-4), localizado en la cordillera central de Veraguas cerca de la división continental, el cual se situaba probablemente dentro del territorio del cacique Esquegua. Éste adquirió fama de guerrero valiente, ya que peleando con piedras y lanzas de palma negra echó a los

FIGURA 4



Mapa que demuestra la localización de sitios arqueológicos donde se ha reportado platos “Mendoza” (dibujo de John Griggs y Richard Cooke)

soldados de Espinosa de sus tierras frías y lluviosas en 1519. Aunque de Las Casas hiciera ver que Esquegua era compañero de armas del mítico Urracá en su lucha contra los natariegos, un documento de 1532 señala que el cacique, que para esta fecha estaba en poder de este territorio, estaba de paces con los españoles y en conflicto con Urracá.⁴³

Aunque no se hallaran artefactos europeos en Bajo Chitra, el hecho de que una muestra de carbón vegetal asociada con una capa de cerámica bien enterrada haya arrojado un resultado de menos de 300 años a. P. (Beta-12436, analizada en 1985) se compagina con la posición terminal que se le atribuye a los platos “Mendoza” en la secuencia estilística de la tradición alfarera de Gran Coclé. Relevantes a su fechamiento son, también, hallazgos de materiales “Mendoza” en dos tempranos asentamientos españoles: Belén (los sitios Se-3 y 4) y Panamá la Vieja, donde se halló un plato completo usado para tapar una urna funeraria. Otro plato completo se reportó en el 2002 en una “casita de piedra” (Abrigo Capacho [Pn-62]), localizada en las faldas atlánticas del volcán de El Valle. Su diseño descuidadamente trazado y pintado en el borde comprende las tres variedades decorativas que mencionamos atrás (Figura 2 a). Si bien los depósitos de este emplazamiento funerario comprenden varios siglos, es relevante la asociación directa de dicho plato con otra vasija de la variedad “Limón”, a la cual nos referiremos adelante en la sección que considera a los “indios coclé”.

Aunque admitimos que hace falta mejorar la contextualización arqueológica de los platos “Mendoza”, su distribución geográfica, características técnicas y ubicación estratigráfica sugieren a nuestro parecer que su producción pudo haber perdurado durante una o dos generaciones después del contacto español. No se debe pasar por alto el hecho de que, en tiempos precolombinos, los centros de población de las llanuras y costas del Pacífico mantenían vínculos estrechos con pueblos localizados en la cordillera y en la vertiente del Caribe, los cuales se remontan a tiempos precerámicos. Que hayan hablado idiomas diferentes o no —hay evidencia de que los territorios de Esquegua, Escoria y París tenían sus propias formas de hablar en el siglo XVI— todos estos grupos participaban en la misma esfera intelectual y comercial —epitomada por la tradición semiótica de “Gran Coclé”— y todos dependían del trueque con otros pueblos a fin de adquirir artículos de primera necesidad.⁴⁴ A los que mencionamos atrás: maíz, basalto, oro, cobre, jaspe, tobas y lavas, podemos agregar huesos de manatí y conchas marinas, cuyo traslado a través

⁴³ Véase Richard Cooke, “Alianzas y relaciones comerciales entre indígenas y españoles durante el período de contacto: el caso de Urracá, Esquegua y los vecinos de Natá”, en *Revista Nacional de Cultura* 25 (1993), págs. 111–122.

⁴⁴ Véanse las referencias bibliográficas reseñadas en Cooke, “Relaciones fluctuantes”, pág. 115.

de la cordillera ha sido confirmado con datos arqueológicos.⁴⁵ Con los españoles establecidos en Panamá, Acla, Natá y Santa Fé estos contactos comerciales continuaron. Los residentes de Acla y los indígenas que vivían allí intercambiaban objetos con los caciques del Golfo de Urabá, siendo los más deseados por aquellos alhajas de oro y animales silvestres y, por éstos, prendas de ropa primorosas y hachas y cuchillos de hierro.⁴⁶ Es cierto que los indígenas “libres” acostumbraban a ensañarse con otros hispanizados y a llevarse sus mujeres para la montaña, en tanto que muchos “indios de paces” se unían a las expediciones españolas voluntariamente a fin de arreglar cuentas con viejos enemigos.⁴⁷ Hay abundante evidencia, no obstante, de contactos pacíficos. Fernández de Oviedo dice que enviaba frecuentemente a sus “indios mansos” a Veragua a fin de rescatar oro con mantas de algodón y hamacas.⁴⁸ Natá es uno de los pocos sitios arqueológicos en Gran Coclé donde se encuentran volantes de huso de barro.⁴⁹ En 1534, el gobernador Francisco de Barrionuevo adujo que si se hubieran prohibido los viajes de los indígenas de Natá a la tierra de Urracá, donde canjeaban sal y mantas por otros productos, se habrían evitado las muertes de muchos “indios de paces” a manos de la gente del cacique veragüense.⁵⁰

INDÍGENAS FORASTEROS, PUEBLOS DE INDIOS Y LA LOCALIZACIÓN DE CUBITA

La pérdida de la mano de obra indígena en la primera mitad del siglo XVI, debido no sólo a los conocidos efectos de la colonización y de los agentes patógenos sino también al envío de miles de indígenas panameños al Perú después de su descubrimiento en la década de 1530, obligó a los españoles a reemplazar a la población desaparecida con esclavos traídos de otras partes.⁵¹ Este negocio fue aprovechado por Pedrarias Dávila quien, tan pronto como llegó a Nicaragua, comenzó a despachar cautivos a Panamá. Tan sólo 225 de

⁴⁵ Cooke, “Who Crafted, Exchanged, and Displayed Gold”.

⁴⁶ Véase Jopling, *Indios y negros*, págs. 130–154.

⁴⁷ Castellero Calvo, *Conquista, evangelización y resistencia*, pág. 69; y Jopling, *Indios y negros*, págs. 286–287.

⁴⁸ Fernández de Oviedo, *Historia general*, II, pág. 499.

⁴⁹ Véase Richard Cooke, “The Archaeology of the Western Coclé Province of Panamá” (Tesis de doctorado, London University, 1972), págs. 285–286.

⁵⁰ Jopling, *Indios y negros*, pág. 220.

⁵¹ Castellero Calvo, *Conquista, evangelización y resistencia*, pág. 47

los 822 “indios de paces” censados en Panamá en 1550 (el 27%) eran oriundos del Istmo. Algunos asentamientos nuevos de indígenas como Otoque, Taboga y Cerro Cabra consistían total o mayormente de forasteros.⁵² Llama la atención, no obstante, la superioridad numérica de los indígenas sobre los colonos españoles durante el siglo XVI. En Natá en 1537 había tan sólo de 18 a 20 encomenderos y entre 500 y 600 indígenas, de los cuales la mayoría eran de otras partes (por ejemplo, Nicaragua y Venezuela). Este dato reviste mucho interés para el arqueólogo porque en Natá y sus alrededores se encuentran algunas variedades de cerámica —especialmente vasijas con asas modeladas— que no se han reportado en otros sitios. Esto hace suponer que las capas superficiales de los abundantes basureros natariegos no son precolumbinas, sino que representan las actividades de esta población satélite culturalmente mixta. Puede especularse, además, que los platos “Mendoza” hayan sido confeccionados por personas que residían en los asentamientos que permanecieron fuera de la esfera hispana, las cuales aun recordaban las antiguas tradiciones alfareras y canjeaban su vajilla por productos del mundo hispano con los indígenas “ladinos” de Natá; su extrema escasez al sur del río Santa María podría ser un resultado del despoblamiento intensivo de esta zona a partir de 1515–1520 y de la ausencia durante los siguientes 40 años de asentamientos españoles con poblaciones indígenas dependientes.

La esclavitud de los indígenas se abolió formalmente en 1549, aunque la supresión de las encomiendas, repartimientos y servicios personales de indios, recomendada por la real Provisión de Cigales, no fue respetada en el Istmo. El establecimiento de los “pueblos de indios” obedeció a la necesidad de “proteger” a los nativos sin perjudicar a los colonos. Uno de ellos fue Santa Cruz de Cubita, a orillas del río La Villa, cuyos residentes ofrecían a las 17 familias de Natá recién asentadas en Azuero una conveniente fuente de mano de obra. Juan López de Velasco asevera que los 90 a 100 “indios pobres” que vivían en Cubita en 1575 criaban ganado y cultivaban maíz. Dos años más tarde, todos estaban en servicio fuera de su comunidad. No hay mención de este pueblo después de 1581, por lo que se supone que para esta fecha sus habitantes ya habían sido absorbidos por la colonia española de Los Santos.⁵³

A aproximadamente 1.5 km de la Villa de Los Santos hacia el sur y a orillas del río La Villa, se encuentra un sitio arqueológico extenso (de unas 100 ha) llamado Cerro Juan Díaz. Ocupado desde el 200 a. C., fue lugar de vivienda, actividades de trueque y rituales mortuorios hasta el contacto español.⁵⁴

⁵² Castillero Calvo, *Conquista, evangelización y resistencia*, págs. 47–56.

⁵³ Castillero Calvo, *Conquista, evangelización y resistencia*, págs. 54–87.

⁵⁴ Véanse Diana R. Carvajal, “Análisis de cuatro componentes en el rasgo CH excavado mediante la microestratigrafía: el caso de Cerro Juan Díaz” (Tesis de grado,

Las últimas actividades funerarias (1145–1460 cal d. C.) (Beta-I-18681/2) consisten en una ofrenda de 28 vasijas que contenían mandíbulas y maxilas humanas, cuyos dientes fueron extraídos *post mortem*. Este rasgo funerario se encontró en cercanías de una estructura con un piso de arcilla quemada, que bien pudo haber funcionado como el tipo de casa mortuoria que, según testigos oculares españoles, servía para guardar los restos embalsamados de los ancestros. Tres fechas obtenidas de carbón de los postes quemados de la estructura indican que ésta estuvo en uso entre 1275 y 1420 cal d. C.⁵⁵

Tiestos del estilo “El Hatillo” son muy escasos en Cerro Juan Díaz. No se han hallado fragmentos de platos “Mendoza”. Se infiere por tanto que a principios del siglo XVI poca gente vivía en este sitio o, al menos, en la parte que ya fue investigada. Sin embargo, se encontraron 72 tiestos españoles torneados. Beatriz Rovira, del Patronato Panamá Viejo, considera que, aunque los 70 fragmentos de cántaros usados para el almacenamiento de víveres no permitan una cronología precisa, se incluyen no obstante dentro de la variación en lo que a pasta concierne de los fragmentos recobrados en contextos del siglo XVI.⁵⁶ Los dos bordes diagnósticos en esta muestra (Figura 5) se ajustan a la “forma B”, caracterizada por cuerpos aproximadamente globulares y propia del temprano y medio siglo XVI. Guardan semejanzas con los bordes reportados en la flota que naufragó en 1554 en las proximidades de la isla Padre, en la costa de Texas.⁵⁷

Universidad Nacional de Colombia, Santa Fé de Bogotá, 1998); Richard Cooke y Luis Alberto Sánchez Herrera, “Coetaneidad de metalurgia, artesanías de concha y cerámica pintada en cerro Juan Díaz, Panamá”, en *Boletín Museo del Oro* 42 (1998), págs. 57–85; Cooke, *et al.*, “Contextualized Goldwork”; Claudia P. Díaz, “Estudio bio-antropológico de rasgos mortuorios de la operación 4 del sitio arqueológico Cerro Juan Díaz, Panamá central” (Tesis de licenciatura, Universidad de los Andes, Santa Fé de Bogotá, 1998); y Luis Alberto Sánchez Herrera, “Análisis estilístico de dos componentes cerámicos de Cerro Juan Díaz: su relación con el surgimiento de las sociedades cacicales en Panamá” (Tesis de licenciatura, Universidad de Costa Rica, San José, 1995).

⁵⁵ Richard Cooke, “Cuidando a los ancestros: rasgos mortuorios precolombinos en cerro Juan Díaz, Los Santos”, en Heckadon M., editor, *Panamá: puente biológico*, págs. 54–62.

⁵⁶ John Goggin, “The Spanish Olive Jar: An Introductory Study”, en *Papers in Caribbean Anthropology* (New Haven: Yale University, 1960).

⁵⁷ Véanse George Avery, “Pots as Packaging: The Spanish Olive Jar and Andalusian Transatlantic Commercial Activity, 16th–18th Centuries” (Tesis de doctorado, University of Florida, Gainesville, 1997); y Dorris Olds, “Texas Legacy from the Gulf: A Report on Sixteenth Century Shipwreck Materials Recovered from the Texas Tidelands”, en *Texas Memorial Museum Miscellaneous Papers* 5, Austin [publicado también en Rusell Skowronek, “Ceramics and Commerce: The 1554 Flota Revisited”, en *Historical Archaeology* 21 (1987), págs. 101–111].

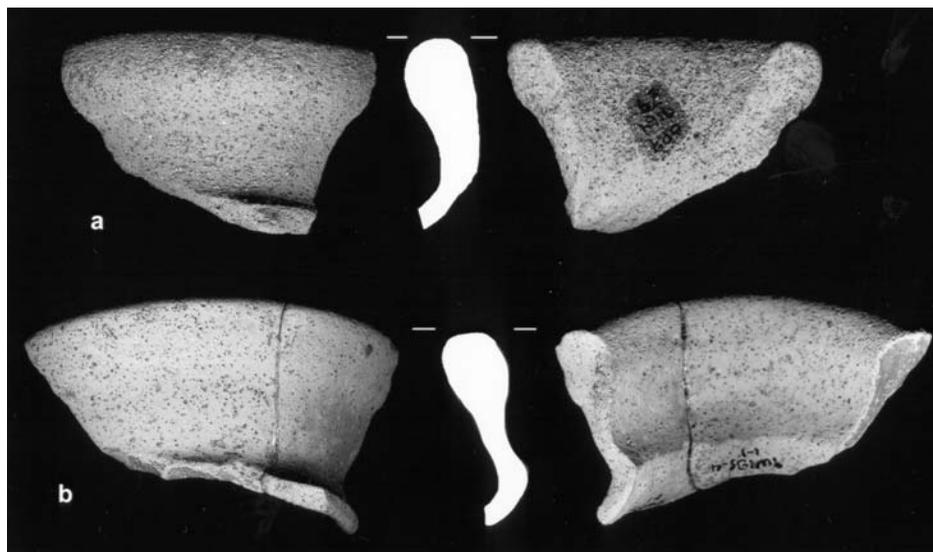


FIGURA 5

Bordes de cántaros de cerámica para almacenar víveres de fabricación española hallados en Cerro Juan Díaz, Los Santos, Panamá. a: Operación 7, b: Operación 31. Se cree que estos materiales están relacionados con el efímero “pueblo de indios” de Cubita, ocupado entre 1550 y 1581 (fotografía de Richard Cooke)

Todos los tiestos españoles excepto cuatro se hallaron en las operaciones 6, 7 y 31, localizadas en la cima de la colina central de Cerro Juan Díaz.⁵⁸ Parecen corresponder, por lo tanto, a actividades restringidas en el espacio. Algunos fragmentos de metal y vidrio hallados en la misma zona, además de un hueso metapodiano de vaca empotrado sobre el estrato de abandono de la casa mortuoria referida atrás, podrían ser coetáneos con la cerámica torneada.

Proponemos que estos elementos son evidencia del efímero pueblo de indios de Cubita, cuya ubicación muy cerca de la Villa de Los Santos sería cónsona con el criterio colonial de establecer estos asentamientos en “las cercanías del pueblo español nuclear guardando sólo las distancias que se le asignan a su ámbito jurisdiccional, generalmente dos leguas a la redonda”.⁵⁹ Creemos, además, que dos entierros pertenecen a esta ligera ocupación. Uno es de un niño de aproximadamente siete años colocado en posición decúbito dor-

⁵⁸ Cooke, “Cuidando a los ancestros”, pág. 57 (la operación 7 se localizó entre las operaciones 6 y 2).

⁵⁹ Castellero Calvo, *Conquista, evangelización y resistencia*, pág. 56.

sal, sin ofrenda funeraria, sobre una cama de lajas —un detalle que no se presentó en ninguno de los aproximadamente 200 entierros precolombinos (Figura 6). Una muestra de dentina arrojó una fecha de 360 ± 40 d. C. (1440 [1500] 1640 d. C.). La otra sepultura, que tampoco tenía ofrendas funerarias, fue colocada entre grandes rocas naturales recibiendo a dos individuos en momentos diferentes: primero, un adulto enterrado en posición decúbito dorsal y, luego, un infante, de aproximadamente seis meses, que se introdujo sobre el cuerpo del adulto, desplazando su cráneo.

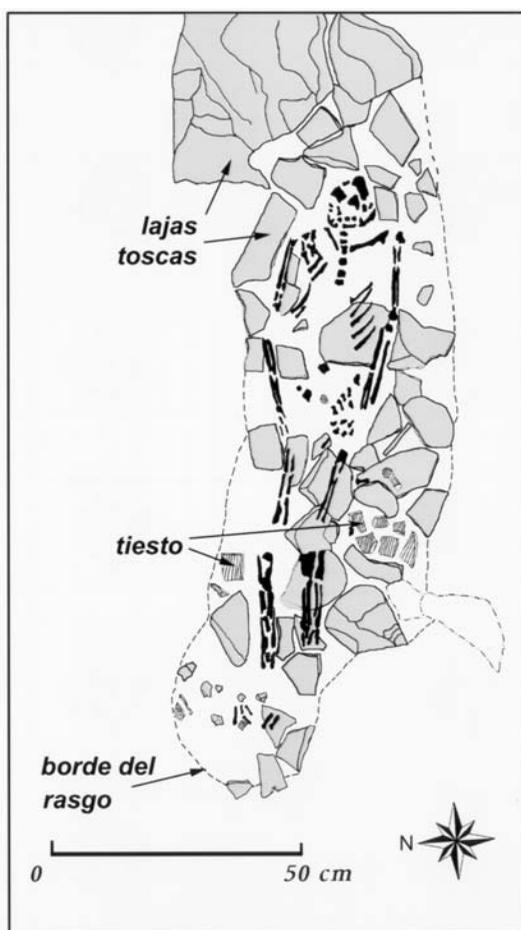


FIGURA 6

Entierro de un niño de aproximadamente siete años hallado en el Rasgo 13, Operación 7, Cerro Juan Díaz, Los Santos, Panamá. Una muestra de dentina arrojó una fecha de 360 ± 40 d. C. (1440 [1500] 1640 d. C.) (dibujo de Diana Carvajal)

LOS INDIOS COCLÉ

De los pueblos de indios fundados en el siglo XVI, sólo Penonomé logró convertirse en un centro urbano pudiente e influyente en el mundo hispano. Los miembros de esta comunidad se hispanizaron rápidamente convirtiéndose, según observadores coloniales, en “ciudadanos modelos” que se comportaban “como cualquier colono más”. Al igual que los habitantes de los pueblos de indios de Chepo, Olá, Parita y La Atalaya, es evidente que para principios del siglo XVII ya habían perdido sus idiomas nativos, sean cuales fueran éstos en ese periodo de tanta mezcolanza cultural. Participaron con ahínco en la pacificación de un grupo de indígenas que residían en las faldas del volcán de El Valle, a los cuales se les ha aplicado el término étnico de “coclé”.⁶⁰

Las correrías de estos indios “coclés” pusieron en tantos apuros a las autoridades de la corona que éstas terminaron gastando bastantes recursos fiscales y humanos en procurar dominarlos. Sus ataques eran osados. En 1660, por ejemplo, “200” guerreros arremetieron “con tiraderas” contra un barco español que se extravió cuando se dirigía al río Coclé del Norte, tomaron prisioneras a diez personas y quemaron el barco y un bohío que los navegantes habían hecho para repararse. El oficial español que divulgó esta noticia se quejó de que “estos indios sin provocados han hecho de mucho tiempo a esta parte muchos daños así en las minas de Veragua donde han muerto muchos españoles y negros de la labor... que ha sido la última causa de su despoblación... matándolos y castigando [a los indios hispanizados] y quemándolos los bohíos hasta el río de Chagre y asimismo los barcos fregatas”.⁶¹ Su demostrada eficiencia como guerreros en zonas ahora cubiertas por densos bosques les dio tanta fama que fueron reclutados como mercenarios contra los “buguebugues”, un sector de la población kuna que también hostigaba para la misma época a las comunidades españolas.⁶² ¡Cuán llena de ironía histórica es la traición por parte de la élite criolla de Victoriano Lorenzo, quien durante la Guerra de los Mil Días (1898–1902) convirtió la antigua cuna de los “coclés”, de los que seguramente era un descendiente, en guarida de guerrilleros!⁶³

El origen, identidad étnica, supervivencia y posterior aculturación de los “coclés” es un tema de investigación fascinante. La mención en documentos de la década de 1520 de un cacique llamado Coclé, frecuentemente mal

⁶⁰ Castellero Calvo, *Conquista, evangelización y resistencia*, págs. 92–94 y 434.

⁶¹ Citado en Jopling, *Indios y negros*, págs. 524–525.

⁶² Jopling, *Indios y negros*, págs. 528.

⁶³ Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno Gelós, *El Panamá colombiano (1821–1903)* (Panamá: Primer Banco de Ahorros y Diario La Prensa, 1993), págs. 240–242.

redactado como “Coche” o “Sucle”,⁶⁴ hace posible que el gentilicio obedezca a la costumbre generalizada en el Istmo de dar el nombre de un jefe local a una agrupación de indígenas. (Puede ser relevante que el nombre local de un ave llamativa de los bosques y rastrojos de esta zona, el rascón-montés cuelligris [*Aramides axillaris*], sea “coclé”).⁶⁵ La asociación del término “coclé” con la población de las cabeceras de los ríos Coclé del Norte e Indio fue plasmada en 1913–1914, cuando se establecieron los límites de un área de tierras inadjudicables la cual, si bien legalmente no constituye una comarca, es conocida todavía como la Reserva Indígena de Coclé, aunque aquí ya no se hable una lengua autóctona.⁶⁶

En efecto, no se sabe a ciencia cierta qué idioma hablaban estos “coclés”. Es tentador atribuirles la lengua “penonomeña” que, según el vocabulario redactado por Juan Franco en Penonomé en la última década del siglo XVIII,⁶⁷ es una variante del ngöbéré actualmente de amplia dispersión en las provincias de Bocas del Toro, Veraguas y Chiriquí.⁶⁸ Es temerario, sin embargo, poner demasiada fe en este vínculo: cabe en lo posible que el pueblo de Penonomé hubiera recibido una afluencia de indios de habla ngöbéré traídos de otras partes como resultado de la intensificación de la evangelización de indígenas libres en el siglo XVII.

Tomás Arias, Ramiro Barrantes, Lucía Jorge, Jorge Azofeifa, María Carles y Richard Cooke demostraron que una muestra trihíbrida de personas residentes en la Reserva Indígena de Coclé (“44% indígena, 18% negroide y 38% caucasoides”) posee genes amerindios que las vinculan tanto con los ngöbés como con los kunas.⁶⁹ Una relación bidireccional, “coclé”–“guaymí” y “coclé”–

⁶⁴ Citado en Jopling, *Indios y negros*, págs. 95 y 99.

⁶⁵ Robert Ridgely y John A. Gwynne, *Guía de las aves de Panamá, incluyendo Costa Rica, Nicaragua y Panamá* (Panamá: ANCON, 1993), pág. 112 y Lám. 1.

⁶⁶ Luz G. Joly, “One is None and Two is One: Development from Above and Below in North-Central Panama” (Tesis de doctorado, University of Florida, Gainesville, 1981).

⁶⁷ Juan Franco, “Breve noticia o apuntes de los usos y costumbres de los habitantes del Istmo de Panamá”. Manuscrito M-451, Biblioteca Bancroft, University of California, Berkeley.

⁶⁸ Constenla Umaña, “Las lenguas del Área Intermedia”.

⁶⁹ Tomás D. Arias de Para, Ramiro Barrantes R., Lucía F. Jorge, Jorge Azofeifa, María Carles M. y Richard G. Cooke, “Estudio sobre los ‘cholos de Coclé’”, en *Revista Médica de Panamá* 17 (1992), págs. 180–187; y Tomás D. Arias de Para, “Los ‘cholos de Coclé’: origen, filogenia y antepasados indígenas, ¿los coclé o los ngöbé? Un estudio genético-histórico”, en *Societas, Revista de Ciencias Sociales y Humanísticas* 3 (Panamá, 2001), págs. 55–88. Según estos autores, una variante genética (PEPA-KUN) que está presente en esta población en altas frecuencias aun no se ha detectado entre los ngöbés y bugles.

cueva–kuna, es previsible a la luz de los datos genéticos y lingüísticos que atañen a la historia social y costumbres reproductivas de los indígenas de la Baja América Central, los cuales afirman que los contactos más estrechos entre grupos se han mantenido por lo general entre vecinos.⁷⁰ Si bien es imposible determinar con objetividad si los “cueva” eran una etnia monolingüe o una agrupación de parentelas de distintas afinidades lingüísticas y culturales, el hecho de que la “lengua de cueva” hubiera alcanzado la zona este del volcán de El Valle, el eje río Indio–río Mata Ahogado, hace verosímil que gentes cultural y genéticamente relacionadas con esta agrupación social hubiesen sobrevivido en las faldas del volcán de El Valle después del contacto, tal y como lo sugiere el análisis genético de Arias y sus colegas.⁷¹ A resumidas cuentas, no hay razón por qué dudar que los “coclés” hayan sido los descendientes de algún sector o sectores de los habitantes precolombinos de la montaña de Coclé, los cuales durante los siglos XVI y XVII lograron mantener cierto grado de autonomía en los bosques de las faldas del volcán de El Valle, y sentían el mismo desprecio hacia los españoles e indígenas hispanizados de Penonomé que el de las gentes de Urracá y Esquegua hacia los colonos e “indios de paces” de Natá.

Inicialmente descubierta por John Griggs en el sitio Calaveras (LP-8) en la cuenca alta del río Coclé del norte en 1998, el grupo tipológico “Limón” —una particular vajilla carente de engobe, de contornos irregulares debido a los visibles rollos de su construcción y de los frecuentes parches de arcilla, fina pasta blanquecina con un núcleo bien marcado (Figura 7)— se perfila como evidencia clave para dilucidar arqueológicamente la presencia de los “coclés” y sus posibles antecedentes prehispánicos. Es abundante en capas superficiales de abrigos rocosos y cuevas como categoría exclusiva o a veces

⁷⁰ Véanse Ramiro Barrantes, *Evolución en el trópico: los amerindios de Costa Rica y Panamá* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1993); Oriana Batista, Connie J. Kolman y Edlgredge Bermingham, “Mitochondrial DNA Diversity in the Kuna Amerinds of Panama”, en *Human Molecular Genetics* 4 (1995), págs. 921–929; Connie J. Kolman, Eldgredge Bermingham, Richard G. Cooke, Ryk H. Ward, Tomás D. Arias de Para y Françoise Sinclair, “Reduced mtDNA Diversity in the Ngöbé Amerinds of Panama”, en *Genetics* 140 (1995), págs. 275–283; y Connie J. Kolman y Eldgredge Bermingham, “Mitochondrial and Nuclear DNA Diversity in Chocó and Chibcha Amerinds of Panamá”, en *Genetics* 147 (1997), págs. 1289–1302.

⁷¹ El vocabulario cueva redactado por los cronistas del temprano siglo XVI contiene vocablos cognados con *dos* idiomas modernos (el kuna y el waunáan): Constenla, “Lenguas del Área Intermedia”, págs. 45–49; véanse, también de Jacob A. Loewen, “Dialectología de la familia lingüística chocó”, en *Revista Colombiana de Antropología* 9 (1960), págs. 9–22; y “Choco 1: Introduction and Bibliography”, en *International Journal of American Linguistics* 29 (1963), págs. 239–362; y Romoli, *Los de la lengua cueva*, págs. 55–99.

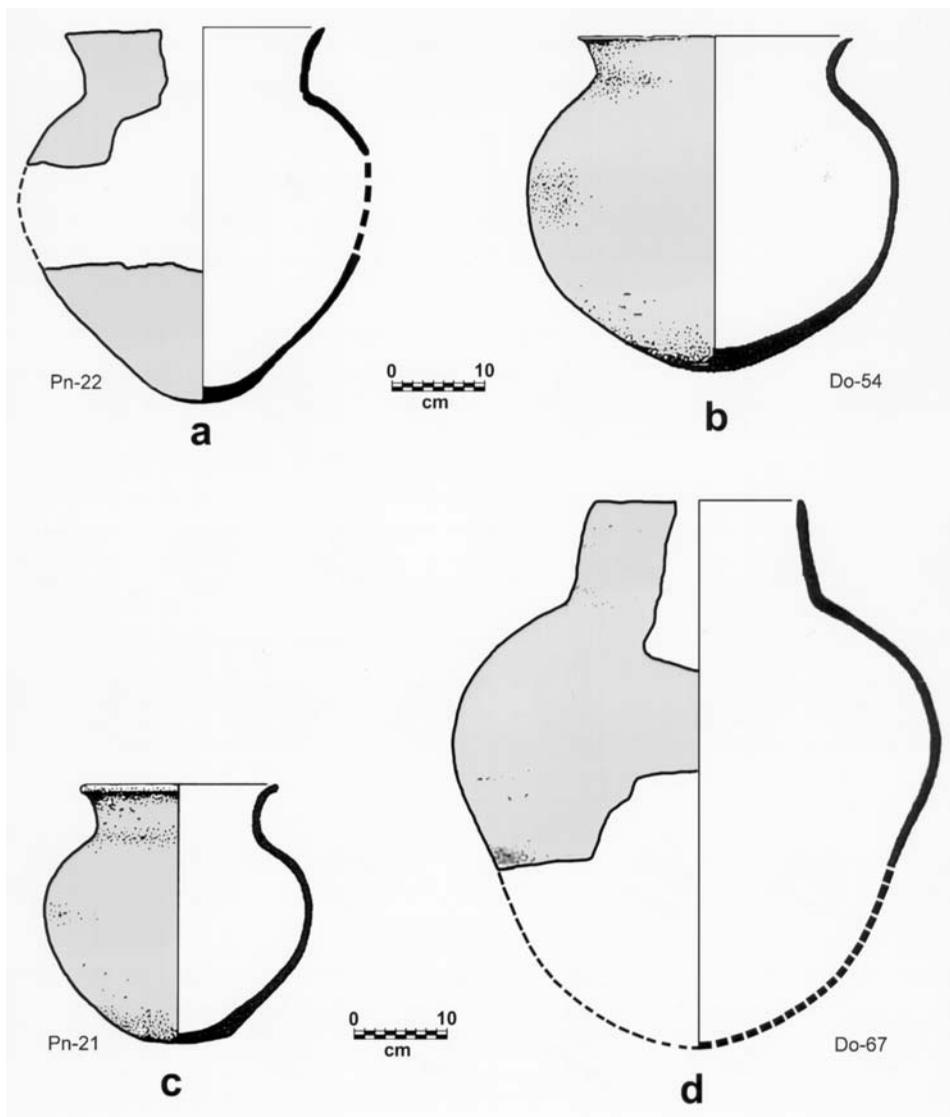


FIGURA 7

Vasijas del grupo “Limón” halladas en las cuencas de los ríos Coclé del Norte e Indio, Panamá (dibujo de Luis Alberto Sánchez Herrera)

mezclada con muestras de tipos más tardíos de la secuencia cerámica del “Gran Coclé”, como “Cortezo”⁷² y “Mendoza” (como el plato de la Figura 2 a mencionado atrás), y donde se han hallado dientes incisivos de caballo (*Equus*) (Do-67) y vértebras de gallina (*Gallus*) (Pn-21). La vajilla “Limón” está asociada con tres fechas de ¹⁴C:

[1] 670 ± 40 a. P. (1270 [1300] 1400 cal d. C.) (Beta 158932) para LP-16;

[2] 570 ± 40 a. P. (1300 [1400] 1430 cal d. C.) (Beta 158934) para LP-48; y

[3] 370 ± 40 a. P. 1440 [1540] 1640 cal d. C. (Beta 158935) para Pn-21.

Estos fechamientos se basan en residuos de alimentos carbonizados hallados sobre la superficie de las vasijas. (El valor δ^{13} de una de las muestras [-9.5] sugiere que los restos de comida son de maíz). Su rango 2σ (1270–1640 d. C.) es compatible con una envergadura temporal que va desde postrimerías del periodo precolombino hasta el siglo XVII, un estimado que es confirmado a la vez con su probable coetaneidad con materiales de origen europeo.

El inventario de sitios a través de la Región Occidental de la Cuenca del Canal, proyecto recién finalizado, destaca la amplia distribución de los sitios con este componente cerámico, unos 55 de entre 227 registrados, es decir un 25%, los cuales están situados en cualquiera de las áreas prospectadas que abarcaron desde la cabecera del río Coclé del Norte hasta Río Indio. Desde el punto de vista geográfico, este rango se aproxima a la ubicación que los españoles dieron de los “coclés”, apoyando la hipótesis de que los artesanos y usuarios de esta alfarería eran éstos y sus inmediatos antecesores prehispánicos.⁷³

Cabe señalar que otra cerámica burda hecha a mano es muy frecuente en el Panamá poscolombino, teniendo además una distribución bastante amplia en el espacio. Su característica sobresaliente es una decoración plástica que consiste en aplicar una tira de arcilla a la parte exterior del labio y modificarla con el dedo, formando ondulados o rayándola con algún instrumento haciendo incisiones en serie. A esta vajilla se le han puesto varios nombres, como “cerámica hispano-indígena sin engobe”,⁷⁴ “El Tigre Plain”,⁷⁵ “Ola

⁷² Cooke, “Archaeology of Coclé”: 1, págs. 198–215; y 2, figs. 84–94.

⁷³ Griggs, *et al.*, *Recopilación y presentación de datos ambientales*, págs. 64–68.

⁷⁴ Véase Beatriz Rovira, “La cerámica histórica en la ciudad de Panamá: tres contextos estratigráficos”, en Frederick W. Lange, editor, *Recent Developments in Isthmian Archaeology: Advances in the Prehistory of Lower Central America* (Oxford: BAR, International Series 212, 1984), págs. 283–325.

⁷⁵ Véase Gordon R. Willey y Charles R. McGimsey, III, “The Monagrillo Culture of Panama”, en *Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology* 49: 2 (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1954), págs. 80–83, fig. 19.

Ware”⁷⁶ y “Colono Indian Ware”.⁷⁷ Se sabe que estaba en uso al inicio de la ocupación del Convento de Santo Domingo, en el casco antiguo de la nueva ciudad de Panamá (1678).⁷⁸ Es frecuente en pequeños sitios en Coclé, Veraguas y Darién, donde se le encuentra generalmente en asociación con artefactos de hierro y vidrio y con porcelana europea de los siglos XIX y XX.⁷⁹ Una muestra de tiestos “El Tigre”, hallados por Richard Cooke y Oscar Fonseca alrededor de un fogón en Monagrillo (He-5, Herrera), arrojó una fecha de ¹⁴C de 140 ± 60 d. C. (cal 1650–1955 d. C.) (Beta-46784). Al contrario, no se reportó en Bajo Chitra, ni en Cerro Juan Díaz y es muy escaso en los sitios que tienen la vajilla “Limón”.

A nuestro parecer estos datos sugieren que esta cerámica utilitaria es una variante poscolombina y que no está asociada con sitios ocupados por indígenas no hispanizados en los siglos XVI y XVII. Es probable que su producción se remonte a la segunda mitad del siglo XVII. Su posterior distribución a lo largo del Istmo alude a centros de producción en alguna zona específica que la enviaba al resto del Istmo. En vista de que se ha planteado que una vajilla similar fue producida en otras zonas americanas por esclavos africanos y sus descendientes,⁸⁰ no se debería de descartar el aporte de este grupo a lo que es indiscutiblemente una tradición novedosa de alfarería. La cerámica confeccionada actualmente en lugares como La Arena (Herrera) y El Silencio (Penonomé, Coclé) y El Cortezo (Natá, Coclé) para asar tortillas, almacenar agua y sembrar plantas parece representar un desarrollo posterior de la misma tradición, la cual, a nuestro parecer, fue producto de la trihibridación de la cultura popular alrededor de los pueblos españoles del Panamá central.

CONCLUSIÓN

Es un tanto frustrante que un lapso tan significativo para la humanidad en América como lo fue el siglo XVI de la era cristiana tenga que ser estudiado e interpretado con bases de datos tan incompletas. Aún más problemática

⁷⁶ Cooke, “Archaeology of Coclé”: 1, págs. 191–194; y 2, fig. 145, lám. 9

⁷⁷ Véase George A. Long, “Archaeological Investigations at Panamá Vieja” (Tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of Florida, Gainesville, 1967).

⁷⁸ Rovira, “Cerámica histórica”.

⁷⁹ Véase José María Cruxent, “Informe sobre un reconocimiento arqueológico en el Darién (Panamá)”, en *Boletín del Museo de Ciencias Naturales* (Venezuela) 2 y 3 (1958), págs. 103–195; Cooke, “Archaeology of Coclé”: 1, págs. 191–194; y 2, fig. 145, lám. 9; y Ladd, *Archaeological Investigations*, lám. 17.

⁸⁰ Véase Leland Ferguson, “Looking for the ‘Afro’ in Colono-Indian Pottery”, en Stanley Long, editor, *The Conference on Historic Sites Archaeology Papers* 12 (1978).

es la extrema dificultad de describir con objetividad cómo y cuándo tuvieron lugar los primeros contactos directos o indirectos entre indígenas y españoles en zonas específicas del continente y agregar detalles a un panorama cuyas características, por lógica, suelen llamar la atención a la desolación y destrucción y pasar por alto cómo, dónde, hasta cuándo y por qué varios grupos de indígenas lograron sobrevivir, aunque con patrones demográficos, sociales y culturales que durante el siglo XVI adquirieron aspectos muy diferentes a los de la época precolombina. Es productivo comparar los aportes de diferentes ramas de investigación a este tema, aunque se debe comprender que los datos proveídos por cada una resultan de metodologías, enfoques y datos muy diferentes entre sí por lo que tienen distintos énfasis, resaltan aspectos disímiles y no conducen forzosamente a las mismas conclusiones. En lo que respecta al Istmo de Panamá, no obstante, datos paleoecológicos obtenidos en dos cuencas distantes entre sí —la primera bastante bien estudiada por arqueólogos y la segunda pobremente conocida—⁸¹ respaldan la hipótesis del decaimiento repentino de la población autóctona y del igualmente rápido regreso de los bosques a zonas anteriormente quemadas, taladas y cultivadas durante varios milenios. Al mismo tiempo, el hecho de que esta reforestación natural haya sido casi instantánea es un indicio claro de que la agricultura americana, si bien despejó el paisaje del Istmo, permitió que los recursos genéticos de los bosques sobreviviesen en cerros y cordilleras y a lo largo de los ríos.

Problemas metodológicos y geográficos que conciernen a estimados del tamaño de la población precolombina en base a pruebas arqueológicas, aunados a otros relacionados con el fechamiento radiocarbónico y tipológico de los sitios que fueron ocupados a principios del siglo XVI, todavía hacen difícil que los arqueólogos propongan cifras objetivas para la población del Istmo al momento del contacto. Cabe señalar, no obstante, que los datos en existencia y la interpretación ecológica de éstos encierran un potencial de análisis que no ha sido aprovechado debidamente por los especialistas. Los estimados de Castellero Calvo, tanto del tamaño de esta población (150,000–250,000) como de su vertiginosa disminución —90% en 20 años—, nos parecen atinados. Reiteramos, sin embargo, que es temerario subestimar la población precolombina de zonas que hoy en día parecen marginadas, las cuales antes de la conquista tenían recursos muy valiosos que hubieran compensado en teoría su reducida productividad primaria.

La distribución en el espacio de materiales culturales, que a nuestro parecer representan las postrimerías del periodo precolombino, llama la atención a que la población del Pacífico central, en vísperas de las primeras incursiones españolas, pudo haber sido menor que en siglos anteriores. Es muy difícil evaluar este supuesto patrón con objetividad científica. Sin embargo,

⁸¹ Véase, sin embargo, Louis Catat, “Les habitants du Darien méridional”, en *Revue d’Ethnographie* 7 (1889), págs. 397–421.

aunque no descartemos la posibilidad de que procesos internos desprendidos hayan sido el causal de esta situación, como por ejemplo el de la creciente centralización de la población o de las repercusiones de las guerras intestinas, sería productivo procurar desarrollar una metodología interdisciplinaria que abordara la hipótesis que, al igual que en otras regiones americanas, los agentes patógenos hayan causado una merma de la población antes del primer contacto directo con las tropas españolas.

Usamos dos ejemplos de la distribución de la cerámica en el espacio y en el tiempo para argumentar que algunas tradiciones culturales precolombinas continuaron después del contacto. Estos datos son aún tenues y preliminares. En el caso de los platos “Mendoza”, creemos que ya existen buenos criterios para presumir que era confeccionada después de 1515–1520 en las llanuras y estribaciones de Coclé y Veraguas, donde varios grupos indígenas mantuvieron cierto grado de independencia cultural, hasta por lo menos 1550, y comerciaban productos con los españoles e “indios mansos” de Natá. Aunque nuestros comentarios sobre la inserción de esta cerámica en las relaciones de trueque con las comunidades hispanizadas sean muy especulativos, sí resaltan cuán productiva sería una investigación dirigida a mejorar nuestros conocimientos sobre la distribución y composición química de la cerámica “Mendoza” y de otros tipos que, por ser anómalos respecto a las tradiciones precolombinas y por estar concentrados cerca de pueblos españoles como Natá, podrían indicar la presencia de grupos de indígenas dependientes y culturalmente heterogéneos (esclavos, sirvientes y concubinas, entre otros), los cuales vivían en proximidad a los pueblos españoles y cuyos números, aunque no fueran tan altos como los de la población pre-contacto residente en estos lugares, sí eran muy superiores a los de sus amos.

La vajilla “Limón” es también un caso interesante porque demuestra, por un lado, el desarrollo de una tradición local de alfarería en una región específica durante la época precolombina, la cual alude a la vez a la disgregación de grupos de una población regional a través del tiempo y, por el otro, la supervivencia de ésta hasta tiempos coloniales, tal vez hasta el siglo XVII. Cabe recalcar que la intensidad de los recorridos arqueológicos efectuados en esta zona todavía bastante boscosa hace muy sólida la información geográfica sobre la distribución de esta vajilla en las cabeceras de los ríos Coclé del Norte e Indio, región que fue la cuna histórica de los “indios coclé”. En cuanto a las relaciones de los “coclés” con otros indígenas, es imprudente afirmar que son ngöbés o descendientes de los “cueva” porque los datos no sustentan este tipo de relaciones. El hecho de que gentes que residen en la actualidad en la Reserva Indígena de Coclé compartan genes amerindios con ngöbés y kunas ejemplifica la posición geográfica intermedia de los “coclés” y sus descendientes trihíbridos entre grupos pre y poscolombinos residentes en el Istmo occidental y oriental.